

Trabajo social y poder constituyente

Luis Nogués Sáez

Resumen

Este artículo está escrito desde un tranquilo campus universitario en el que por fin empiezan a moverse cosas. El propósito del mismo es apuntar como la actual crisis puede ser una oportunidad para cuestionar la generalizada privatización de los individuos y el desinterés por la cosa pública. Adquiere especial importancia que los empeños favorables a la transformación social, que se puedan generar entre los trabajadores sociales, se incorporen de manera adecuada para que se realicen intervenciones profesionales en las que lo ético-político no desplace a lo teórico-metodológico. De lo contrario la calidad del conocimiento y de la intervención podría peligrar. Se plantea como el trabajador social ante el cambio necesita desplegar nuevas figuras conceptuales para captar, comprender los procesos históricos, poder representar lo que se quiere y ocupar los lugares profesionales adecuados a las nuevas situaciones. Para orientarse en esta compleja situación se proponen tres cuestiones para la reflexión: la importancia de tomarse a sí mismo como tarea, la defensa de la racionalidad como criterio básico metodológico del trabajo social y la necesidad de ayudar al desarrollo de las nuevas formas de vida individual y colectiva que empiezan a ver la luz en todas las esferas de la vida social.

Palabras clave

Cambio de época, nuevos contextos, inquietud de sí mismo, racionalidad, ideología, democracia, sufrimiento humano, acontecimiento, prácticas instituyentes.

Abstract

This article is written from a quiet university campus, where finally starts moving things. Its purpose is to point as the current crisis can be an opportunity to question the privatization of individuals and disinterest in public affairs. It is especially important that the efforts in favor of social transformation are generated by social workers and are adequately incorporated for professional interventions, which the ethical-political not displace the theoretical and methodological. In the contrary the quality of knowledge and intervention could be jeopardized. It poses as a social worker needs to deploy new conceptual figures to capture at the change, to understand historical processes, to represent what he wants and to take appropriate professional places to new situations. For guidance in this complicated situation it suggests three questions for the reflection: the importance of taking himself the task, the defense of rationality as a basic social work methodology and the need to assist the development of new forms of individual and collective life, which begin to see the light in all spheres of social life.

Keywords

Epoch change, new contexts, self concern, rationality, ideology, democracy, human suffering, event, instituting practices.

Luis Nogués Sáez

Trabajador social. Licenciado en Ciencias políticas y Sociología. Antropólogo social. Profesor Contratado Doctor en la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Complutense de Madrid. Director de la Revista *Cuadernos de Trabajo Social* de la Universidad Complutense de Madrid.

lnogues@trs.ucm.es



INTRODUCCIÓN: DESDE LA UNIVERSIDAD

Estas reflexiones se realizan desde un tranquilo campus universitario, en un momento en el que la vida exterior, el conflicto entre lo instituido y lo instituyente empieza a reaparecer y amenaza nuestra tranquilidad de estos últimos treinta años. Se nos había olvidado que el conflicto de intereses es un elemento consustancial al mundo de la vida. El gobierno no deja de adoptar medidas al servicio exclusivo de una minoría, entre ellas medidas relacionadas con la educación, que más allá de los objetivos recaudatorios, se orientan a la recuperación de viejas concepciones clasistas y meritocráticas. A día de hoy nos encontramos en la universidad con unos estudiantes que, como consecuencia de la crisis, empiezan a ser conscientes de que sus mayores les habíamos incorporado a una vida acomodada, a cambio de que no cuestionasen el vacío que se les ofrecía y que, en estos momentos, están poniendo en tela de juicio el proyecto de sociedad heredado y aprendiendo a construir un poder propio; y, por otro lado, un profesorado que, tomado como conjunto, es individualista y temeroso de lo colectivo, y se halla desmovilizado y desvitalizado.

Empezar estas reflexiones sobre la intervención social hoy, en el número 100 de la revista *Servicios Sociales y Política Social* del Consejo General del Trabajo Social, con una afirmación tan rotunda sobre la situación de la universidad puede ser entendida como una más de esas posiciones que, sumándose al discurso que da por muerto y enterrado al Estado de bienestar, pueden estar contribuyendo a su desmantelamiento; mas por el contrario se realizan con el convencimiento de que la necesaria regeneración universitaria será fruto del compromiso intelectual y personal con el trabajo por una sociedad más justa y solidaria.

Eludir la situación de la universidad sería una irresponsabilidad y decimos esto por la importancia que tiene para el desarrollo del trabajo social, en su doble vertiente profesional y académica, el papel que ha jugado la misma. Creo que, por el lugar que actualmente ocupo, debo comprometer mi discurso con un posicionamiento claro en este aspecto. Los importantes pasos dados por el trabajo social para su reconocimiento como disciplina científica es una gran oportunidad, sin ninguna duda, pero dependerá de los fines que orienten a la nueva “clase dirigente” que, en la actual reorganización, se está haciendo con el poder en las facultades de trabajo social. ¿Cómo deben ser los procesos de formación académica? ¿Cómo se debe organizar la teoría y la práctica para que estos dos aspectos se integren efectivamente el uno en el otro y se fecunden recíprocamente?, ¿cuál debe ser la relación entre investigación e intervención?, ¿cuáles han de ser los paradigmas teórico-conceptuales que deben guiar la formación de los trabajadores sociales?

1. NUEVOS CONTEXTOS

Las características de la actual crisis, unido a un ataque frontal al Estado de bienestar, están poniendo en peligro la cohesión social, circunstancia que están acercando a los profesionales del trabajo social a situaciones de necesidad que generan altos niveles de frustración, al tener que ejecutar unas políticas sociales a todas luces insuficientes. Adquiere especial importancia que los empeños favorables a la transformación social, que se puedan generar entre los trabajadores sociales, se incorporen de manera adecuada para que se realicen intervenciones profesionales en las que lo ético-político no desplace a lo teórico-metodológico, ya que de lo contrario la calidad del conocimiento y de la intervención podría peligrar.

El capitalismo ha configurado un individuo desenraizado socialmente y volcado en exclusiva hacia la consecución de fines originados en la hegemonía del imaginario económico, como único valor normativo de la vida individual y social. La actual situación que ha destapado la burbuja financiera nos enfrenta a un cambio de época en la que nuevos problemas sociales y nuevas oportunidades emergen en la realidad social y son necesarios nuevos análisis, no una mera reflexión técnico-instrumental; se necesita un encuadre más general, es necesario **desplegar nuevas figuras conceptuales** para captar, comprender los procesos históricos, poder representar lo que se quiere y ocupar los lugares profesionales adecuados a las nuevas situaciones.

Orientarse en esta compleja situación no es fácil. A continuación proponemos tres cuestiones para la reflexión: **la importancia de tomarse a sí mismo como tarea, la defensa de la racionalidad como criterio básico metodológico del trabajo social y la necesidad de ayudar al desarrollo de las nuevas formas de vida individual y colectiva que empiezan a ver la luz en todas las esferas de la vida social.** Y todo ello a partir de la aceptación de un pluralismo paradigmático que dé paso a una diversidad de orientaciones profesionales, a distintas hipótesis operativas, acompañadas de discusiones en un marco de seriedad científica.

2. TOMARSE A SÍ MISMO COMO TAREA

La inquietud de sí mismo es una especie de aguijón que debe clavarse allí en la carne de los hombres, que debe hincarse en su existencia y es un principio de agitación, un principio de movimiento, un principio de desaso-

siego permanente a lo largo de la vida.
(Foucault, 2005, p. 22).

Ante dicha situación existen diferentes posibilidades de afrontar la intervención: una adaptación pasiva no exenta de angustia generada por la resignación; una adaptación conflictiva donde se mezclan crisis personales con indiferenciación de sentimientos y emociones; o bien una adaptación constructiva con actitudes positivas para el abordaje de las perturbaciones de la vida cotidiana.

En esta difícil situación, el trabajador social corre el riesgo de comprender su actividad profesional como una actividad altruista, de servicio al otro, y puede no tener claro que su mirada y acción se realizan con una diferencia. Este desequilibrio de posiciones puede dificultar la toma de conciencia de que su posición está con los recursos y los medios de acción institucionales, con la comprensión moldeada y desarrollada en una formación universitaria, que no pierde de vista el lado de las carencias ni mira al otro desde una perspectiva que lo considera un actor social y un sujeto, en un espacio social que los incluye a ambos. La mirada altruista podría ensombrecer una relación que es la que funda la acción del trabajo en lo social. “Un sentimiento de identificación completa con los que trabajan no podrá sino oscurecer las diferencias reales de clase y de estilos de vida cotidiana, que pueden ser campos de alianzas objetivas, pero no de identificaciones imaginarias” (Zuñiga, 2006, p.5).

Para no perderse como persona y profesional es necesario preguntarse por el sentido de nuestra acción como individuo y como trabajador social, pero tal vez no tiene razón de ser la pregunta por el sentido del mundo o por el sentido de la vida, “pues el mundo no es algo que dependa de ninguna consciencia o voluntad, y, por tanto, no es

algo que pueda tener sentido” (Mosterín, 2008). Sin embargo, puede ser oportuno preguntarnos por el sentido que queremos dar a nuestra vida, “nuestra vida (biográfica), que por sí carece de sentido, como la vida en general, es susceptible, sin embargo, de recibir – de nosotros mismos- un sentido: el que queramos darle” (p. 46).

Esta combinación de racionalidad y buenos sentimientos es mucho más potente y universal que la fantasmagórica creencia en una razón pura, en un sujeto moral trascendental, en un reino de los fines, en una comunión de los santos o en una comunidad ideal de comunicación y diálogo (p. 310).

El dilema fundamental en la intervención social es reconocer, aceptar y utilizar una relación que no puede ser sino asimétrica en términos de poder social. Que el trabajador social no quiera controlar, no significa que no controle. Los esfuerzos por conciliar las tensiones afectan a distintos aspectos de la relación.

La primera forma de descubrirse como actor es buscar la eficacia de la intervención y la aceptación de que la mirada del trabajador es la de un sujeto claramente diferenciado del ciudadano usuario.

Una cuestión fundamental es la relación entre subjetividad y verdad, Foucault para abordar este tema toma como punto de partida en el curso de 1986 en el Collège de France, la noción de *inquietud de sí mismo*, con la que traduce la noción griega: la de *epimelia heautou*. Para ello nos muestra una serie de pasajes en los que Sócrates se presenta a sí mismo como la persona que incita a los demás a ocuparse de sí mismos. Plantea que la inquietud de sí mismo supone una manera determinada de considerar las cosas, de estar en el mundo, de realizar acciones, de tener

relaciones con el prójimo (Foucault, 2005, p. 26) Es, por lo tanto, una actitud con respecto a sí mismo, con respecto a los otros y con respecto al mundo.

La cuestión está presente en la primera gran teoría de la inquietud de sí, cuando Alcibiades plantea que quiere volcarse al pueblo, tomar en sus manos el destino de la ciudad, gobernar a los otros, y Sócrates reflexiona y le advierte de la imposibilidad de que, “a los otros, no se los puede gobernar bien, no es posible transformar los propios privilegios en acción política, sobre los otros, en acción racional, si uno no se ha preocupado por sí mismo” (p. 49).

Nuestra hipótesis de partida es que el trabajo social, tanto en el campo académico como en el profesional, debe pasar de una ideología, de una concepción del mundo espontánea, a una concepción del mundo reflexiva, crítica y explícita. Es necesario avanzar tanto en el reconocimiento del contenido de la ideología del investigador como en el de la revisión de la forma en que cree lo que cree.

Si bien en América Latina el trabajo social se ha venido enfrentando desde los años 60 con importantes debates sobre concepciones diferentes de la disciplina, que han atravesado al conjunto del mundo profesional y académico, en España desde la transición, llamada democrática, no ha ocurrido lo mismo, y sólo algunas figuras han destacado por su esfuerzo constante y público, en un contexto que podríamos considerar más bien plano.

La búsqueda en esta difícil situación tiene características diferentes en el mundo profesional y en el mundo académico, como consecuencia de las diferentes tareas a las que se enfrenta cada uno de ellos, pero en ambos se corre el riesgo de

buscar atajos para encontrar respuestas, por ello es importante realizar un ejercicio de reflexión sobre las búsquedas de nuevos caminos. A lo largo de la vida profesional, es frecuente que se produzcan momentos de crisis en los que surge la necesidad de dar con el método de trabajo social, con el modelo, con el paradigma; momentos en los que se necesita creer que se ha dado con ello, que se ha encontrado ese enfoque, esa teoría, esos conceptos que, por fin, nos permitirán orientarnos de forma segura en la intervención social; asistimos en algunos casos a la asunción del modelo como si de una conversión de carácter religioso se tratase.

Poco suele durar ese espejismo, cuando alguien se dispone a llevar a cabo ese giro epistemológico que, por fin, reordenará su ECRO¹ en torno a la psique, al mundo vital, a la imaginación radical; ese atajo que va a permitir pensar en la praxis, superando la oposición entre un punto de vista objetivista que explica los hechos sociales a partir de factores estructurales que sobrepasan la intencionalidad de los actores, y una perspectiva subjetivista para la cual lo importante es fijarse en la representación del mundo social que se hacen los actores y con las que actúan en el mundo. Uno descubre que, tal vez, haya que convivir con esa contradicción que autores como Taylor, Arendt y Barcellona, al final decidieron abandonar. Resulta complicado mantenerse en el “materialismo filosófico”, en la búsqueda de la explicación de los fenómenos en otros fenómenos, en el mundo, descubriendo y construyendo la red de relaciones intramundanas para entender la realidad, y no en instancias ajenas o superiores.

A continuación vuelve la incertidumbre y recordamos que el trabajo social, al igual que cualquier otra ciencia, debe seguir intentando hacer retroceder los límites del conocimiento con

nuevas investigaciones científicas que implican la conceptualización de una mayor cantidad de datos. Alguien dijo que si el comportamiento humano parece impredecible no es porque no haya determinaciones, sino porque hay demasiadas.

Pero actualmente esta necesidad no es algo personal, responde a una necesidad estructural, por ello es necesario pensar en la intervención frente a la nueva cuestión social. El trabajo social es una institución, en tanto que ámbito específico en el que se dan cita creencias, hábitos, formas de conducta y profesionales de la intervención, así como códigos teóricos y poderes materiales o simbólicos. Es un componente de los aparatos ideológicos del Estado y, por lo tanto, somos asalariados como los demás, participamos en la reproducción de las relaciones sociales de producción: política, económica e ideológica. Nos encontramos inevitablemente del lado del Estado, aplicamos políticas sociales de las que no somos autores, en definitiva formamos parte del poder instituido. Es imprescindible poner al desnudo su dimensión ideológica y política, el reconocimiento del papel histórico puede permitir percibir los espacios donde nos insertamos como espacios de tensión, de contradicción, de conflicto en los que se goza de autonomía relativa. E intervenir conviviendo con la contradicción.

3. LA RACIONALIDAD COMO CRITERIO BÁSICO METODOLÓGICO DEL TRABAJO SOCIAL

En relación a la metodología básica, es decir a la forma en la cual se relaciona con su objeto,

¹ Esquema conceptual referencial operativo.

el trabajo social se caracteriza por buscar la resolución de problemas y la transformación de situaciones sociales, basándose en una relación dialógica con los sujetos implicados. El carácter transformador de esta comunicación, consiste en el examen racional participativo de los condicionamientos externos (positivos y negativos) que gravitan sobre la situación, de los recursos y capacidades (prácticas, afectivas, innovadoras, etc.) internas del sujeto (tanto activadas como potenciales), de la justeza pertinencia y jerarquización de las necesidades sentidas, de la utilización más acertada de los recursos comunitarios disponibles, y del orden de prioridades, aprecio, y valores con que sujeto enfoca la realidad y su propia existencia. Es decir, que el análisis crítico-racional (el desarrollo de los procesos cognoscitivos implicados en toda resolución de un problema y en toda transformación de una situación humana) realizado en forma dialógica y participativa, constituye el núcleo central metodológico del servicio social profesional (ídem, pp. 102-103).

En esta coyuntura, en la que la ideología neoliberal no tiene ningún empacho en presentarse como ciencia y en la que “se acepta y divulga, en suma, con etiquetas científicas una de las irrationalidades mayores de nuestro tiempo; la que promete, con visos de realismo, a todos los países del mundo la salvación por la vía única del desarrollo” (Naredo, p.187), en el conjunto de las ciencias sociales y entre ellas, ¿cómo no?, en trabajo social, surgen tentaciones teóricas y prácticas que pretenden, y en ocasiones logran, desplazar la racionalidad y las conquistas de la razón ilustrada, más allá de las críticas que esta merezca en su desarrollo, volver la mirada hacia posiciones románticas, individualistas, comunitaristas, y a modelos míticos e irracionales.

En este contexto nos parece imprescindible reivindicar la racionalidad en la intervención del trabajador social. Di Carlo reclamaba, ya en los años 70, la comunicación racional como criterio básico metodológico del trabajo social, en un ambiente con frecuencia hostil por parte de sectores que realizaban una identificación con el sentido común. Lo cierto es que hace ya tiempo que sentí la necesidad de reivindicar la importancia de su aportación, sin ver el momento oportuno, porque representaba el resumen conceptual de lo que orientó y elaboró la profesión en su historia.

Desde que realicé mis primeras prácticas de trabajo social en los años 70 siempre ha estado presente una pregunta para la que su postura me ofrecía elementos interesantes. Esta pregunta no era otra que: ¿cómo era posible que los trabajadores sociales de los que más he aprendido como trabajador social y como profesor de la universidad no dispusiesen de todo un coherente marco teórico con el que orientar su intervención?. Con posterioridad he encontrado respuestas complementarias en conversaciones mantenidas con trabajadoras sociales como Soler, Sedano, Esnaola, Echeverría, Fonseca, y en escritores como Michael Polany cuando diferencia conocimiento tácito y conocimiento explícito, en Sennett en su gran obra *El Artesano* o en Mesterín en su obra *La racionalidad y acción humana*.

Para que los trabajadores sociales sigamos situando la racionalidad en el centro de la intervención social es necesario superar aquellas visiones que han devaluado la relación que el trabajador social establece con su ciudadano usuario, considerando que se trataba de simples conversaciones, intercambio de ideas o asesoramiento sobre posibilidades y recursos, que, tanto por la forma en que se estructura la relación, como por

los contenidos que se debaten, no se diferencia del intercambio espontáneo entre dos o más personas que buscan resolver cualquier problema existencial-social, no valorando que es un procedimiento fundado y una especialización científicamente eficaz para afrontar importantes problemas de la persona y de su sociedad. Es una forma de “Ofrecer ayuda dentro de los aspectos personales de la vida ordinaria” (Hamilton, 1982, p. 23).

Ante la frecuencia con que se desestiman las posibilidades del intercambio racional en los problemas humanos haciendo hincapié en lo emocional, reclamamos la racionalidad que por supuesto no supone excluir el asunto de lo subjetivo como mundo y la subjetividad como representación donde la garantía de la interacción social esté dada, primero por la toma de conciencia del interior del profesional y, segundo por el reconocimiento del otro en su subjetividad en el acto intersubjetivo que hace viable la convivencia, la constitución del sujeto y el desarrollo humano.

Para poder tender puentes entre las intuiciones de los ciudadanos usuarios y las técnicas formalizadas de decisión racional y, por lo tanto, para entender la importancia de la racionalidad en la intervención del trabajador social es necesario aclarar el uso que realizamos del adjetivo racional, ya que se usa de muchas maneras y tiene diversos significados. Nosotros lo utilizamos en el sentido que plantea Jesús Mosterín:

La racionalidad se predica, por un lado, de nuestras creencias y opiniones, es decir de las ideas que aceptamos, y por otro, de nuestras decisiones, acciones y conducta, es decir de las cosas que hacemos. Llamemos racionalidad teórica a la que se predica de creencias y opiniones y racionalidad práctica, a la que se predica de decisiones, acciones y conducta (2008, p.20).

La racionalidad práctica tendría, por lo tanto, como primera condición el tener conciencia de los fines o metas propios y como segunda condición el conocer, en la medida de lo posible, los medios necesarios para la obtención de los fines perseguidos y, por último, el factor esencialmente práctico que sólo se manifiesta en la acción, es decir cuando se ponen en obra los medios necesarios para conseguir los fines perseguidos.

La racionalidad teórica no sería una facultad psicológica más o menos misteriosa, es un método, una estrategia a disposición de todos, y este método “tiene por misión maximizar la claridad, precisión y veracidad de nuestras creencias, tanto de nuestras creencias generales acerca del mundo como de nuestras creencias particulares acerca de ámbitos concretos y limitados por los que de algún modo nos interesamos” (p.49).

Los criterios racionales no son exclusivos de un determinado nivel científico y en este sentido es clave comprender los puentes existentes entre la racionalidad teórica y la racionalidad práctica y dentro de aquella, la racionalidad teórica individual y la racionalidad colectiva (que se manifiesta fundamentalmente en la ciencia). Los dos tipos de racionalidad teórica están en estrecha relación e interdependencia y el uno no sería posible sin el otro, “el talante que el científico aplica a la parcela de sus creencias relativas al objeto de su ciencia o que el hombre racional aplica a todas sus creencias es un talante que podemos calificar de crítico (p.27).

Si la racionalidad teórica es una parte o componente de la racionalidad práctica o, al menos, la racionalidad práctica presupone ya la racionalidad teórica, el trabajador social debe ayudar a racionalizar un campo de conducta, es decir “aplicar la racionalidad a ese campo, y eso implica

tanto el buscar y aceptar la mejor información disponible relevante para ese ámbito como el articular nuestros fines teniendo en cuenta esa información y el poner en obra los medios más adecuados para conseguir esos fines” (p. 36).

La importancia de la comunicación racional dialógica con el ciudadano usuario es ineludible ya que si bien:

El creernos lo que nos dice la ciencia bien asentada es un punto fundamental de la racionalidad teórica. Pero la ciencia no nos dice todo lo que nos interesa y es relevante para nosotros. Otras muchas de nuestras creencias habremos de formárnoslas nosotros mismos, combinando resultados científicos y observaciones personales directas, testimonios fiables, y deducciones propias, cuidando siempre de que el sistema total de nuestras creencias sea consistente, abierto y sometido a constante revisión, en función de experiencias propias recientes, de nuevas noticias o de cambios en las opiniones científicas recientes (pp.50-51).

Compartimos con Di Carlo el reconocimiento de la inherencia esencial de los procesos cognoscitivos en la praxis humana y la compleja articulación en el ser humano del nivel afectivo-pulsional y del plano de la actividad intelectual consciente.

Para Di Carlo:

El trabajo social, se basa en la concepción unitaria del ser humano que ve toda expresión humana como socialmente significativa, en el sentido de que expresa y se apoya en interpretaciones (más o menos conscientes) del propio sujeto relativas a las formas adecuadas de vivir, convivir, y realizarse. Estas interpretaciones relativamente consolidadas del sujeto, constituyen una síntesis que el ya ha

realizado, sobre la base de las pautas y modelos sociales que se le aparecen como confiables, de las circunstancias que condicionan adversa o favorablemente su vida y sus experiencias más relevantes (1976, p. 113).

La comunicación racional como característica básica del método de trabajo social considera al sujeto social, potencialmente pensante, con capacidad reflexiva y, hasta cierto punto, abierto al diálogo. Es decir, se basa en “una confianza en la capacidad crítico racional humana que puede estar, por distintos motivos, en algunos casos muy sofocada y olvidada” (Di Carlo, 2008, p. 34). Para este autor la comunicación racional consciente ofrece la más alta confiabilidad operativa para la transformación de situaciones humanas afectadas por problemas que no impliquen patologías intrasíquicas profundas, lo cual no significa desconocer la importancia de otros enfoques.

Reivindicar en estos momentos, en los que una buena parte de los profesionales que representaban el *habitus* acumulado del trabajo social en España están de retirada, resulta estratégico si la hipótesis de partida es cierta: para revitalizar lo que es el núcleo central del trabajo social hay que acudir a los trabajadores sociales que han realizado y realizan un buen trabajo social, recoger las metodologías presentes en sus buenas prácticas profesionales e intentar que se explice todo el conocimiento que se ha ido incorporando en su cotidiano hacer profesional.

4. Democracia y poder constituyente

La democracia, sin embargo, no es una forma de organización: es un hábito cotidiano. No basta

que los trabajadores sociales hablen el idioma de la democracia; antes de que puedan ser aptos para una forma cualquiera de servicio social, es necesario que lleven en su corazón la convicción espiritual del valor infinito que representa nuestro carácter común de seres humanos (Richmond, 1962, p. 166).

Que los hombres se hagan cargo colectivamente de sus propios asuntos y además de que yo mismo, nosotros, queramos hacer algo para que esto se produzca. Pero evidentemente lo que nos corresponde a nosotros no es obligarles a adquirir su autonomía, idea ésta realmente absurda (Castoriadis, 2002, p. 165).

En los últimos años una gran mayoría de la sociedad española parecía contentarse con tiempo libre y consumo, se generalizaba la privatización de los individuos, produciéndose un repliegue en la esfera privada y un gran desinterés por la cosa pública. La gente huía del conflicto tanto en la vida individual como en la colectiva, con algunas reacciones puntuales sin consecuencias.

Se trataba de una sociedad donde los deseos y las aspiraciones individuales eran conformados en beneficio del interés capitalista, dejando de lado lo que afectaba a todo el mundo, como consecuencia la traída y llevada democracia se dotó de ciertas instituciones y procedimientos democráticos, pero no permitió su arraigo en la población, una democracia participativa basada en la responsabilidad. Las posturas hegemónicas en estos años fueron aquellas que hacían hincapié de manera unilateral en el consenso, embelleciendo el régimen democrático - parlamentario existente.

Los ciudadanos hemos asistido al desarrollo de un sistema global cada vez más complejo, articula-

do y ramificado, que eliminaba la contingencia fuerte y presentaba la contingencia débil como la única posibilidad, un sistema que excluía la experiencia como contingencia incontrolada, el gran imprevisto, la revolución. Se generalizó una visión de la sociedad como un conjunto de nexos funcionales que unían acciones, tipologías y estrategias de acción, que se articulaban en una red móvil de subsistemas. Como consecuencia se suprimió la noción de futuro en la construcción de las identidades individuales y colectivas, situándonos en un eterno presente, sin nacimiento ni muerte.

En este contexto de crisis la esperanza se encuentra en que la intervención social, partiendo del movimiento de la vida de los individuos concretos, irreducible a la lógica sistémica, genere un nuevo pensamiento que, asumiendo el sufrimiento humano y la miseria de las relaciones como punto de ruptura de los equilibrios sistémicos, esté abierto al acontecimiento fuerte. Un ejemplo en este sentido está siendo el conflicto generado con los desahucios, el sufrimiento y la solidaridad han cuestionado el principio sacrosanto del pago de las deudas, sobre todo si éstas proceden de la usura.

La intervención social sobre la subjetividad, tal como planteaba Castoriadis, destinada a alcanzar la autonomía en su dimensión privada, es inseparable de cualquier proyecto político dirigido al autogobierno, esto es, a la autonomía en su dimensión pública, sociedad autónoma e individuos autónomos van de la mano, para superar esta oposición propone otro tipo de articulación entre el sujeto y el mundo externo, la noción de lo *histórico social*, distanciándose de la tradición heredada con lo que él denomina *la imaginación radical*. Concebida ésta como el sustrato que permite dar cuenta de los dos aspectos

irreductibles e inseparables de lo humano, esto es, de su singularidad psíquica y de su dimensión histórico-social.

Por lo tanto, la intervención social, hoy menos que nunca, es un asunto exclusivamente tecnocrático. Los trabajadores sociales, al promover y construir procesos de intervención, están mediados por posturas ideológicas, y en la práctica asumen posiciones que oscilan entre la figura de mediador, de orientador, o bien de instrumentalizador que controla y reprime a los ciudadanos usuarios. Es difícil establecer los límites entre la acción política profesional y la acción política como un ciudadano más, para lo cual tal vez deban estar presentes ambas formas de acción.

Los trabajadores sociales han logrado a lo largo de los años su legitimación en España porque han estado cerca de los sectores que han necesitado su ayuda, en condiciones más duras como en los tiempos del franquismo, y en los años de democracia por haber contribuido a la institucionalización de los servicios sociales. Hoy en un nuevo contexto social serán juzgados por el lugar ocupado al lado de quien se hallaba en esta difícil situación.

Se valorará si se limitaron a ejecutar políticas sociales restrictivas o si bien, por el contrario, defendieron las conquistas sociales, aprovechando los márgenes de maniobra existentes; si ante la pérdida de vitalidad del poder instituido hemos estado atentos **a todas aquellas prácticas instituyentes** que van surgiendo en la vida cotidiana y que no siempre son bien acogidas por el poder instituido; si hemos ayudado al nacimiento de un nuevo sujeto a través de nuevas formas de vida individual y colectiva en todas las esferas de la vida social.

Hoy vivimos un momento de transición, los trabajadores sociales, al igual que el resto de los ciudadanos, tenemos que aprender a participar acompañando procesos de participación, tener constancia para superar los conflictos de menor y mayor envergadura que se producen en los nuevos espacios de participación que están surgiendo tras un periodo en el que las relaciones humanas estaban mediadas por el mercado. En la confianza de que en la medida que los individuos cambian, emerge un movimiento colectivo y que, al mismo tiempo que hay un movimiento colectivo, los individuos se transforman.

El despliegue del sistema de servicios sociales llevado a cabo desde los años 80 ha otorgado una presencia reticular a miles de trabajadores sociales en todo el territorio, esta presencia privilegiada en la vida cotidiana de las gentes nos da la oportunidad de realizar unas intervenciones profesionales que den sentido a la participación en proyectos colectivos, que rescaten la importancia de dirigirse a sí mismo individual y colectivo, es decir, de decidir acerca de las orientaciones sociales.

Referencias bibliográficas:

- Arendt, A. (1999). De la historia a la acción. Barcelona: Paidós
- Arendt, A. (2007). Responsabilidad y juicio. Barcelona: Paidós.
- Barcellona, P. (1996). El individualismo propietario. Valladolid: Trotta.
- Castoriadis, C. (2002). Figuras de lo pensable. Las encrucijadas del laberinto VI. México: Fondo de Cultura Económica.
- Di Carlo, E. (1976). El trabajo social: Teoría-metodología-investigación. Argentina: ECRO
- Di Carlo, E. (2008). El método de Trabajo Social Profesional. Buenos Aires: Grupo EIMETS.

Foucault, M. (2005). La hermenéutica del sujeto. Madrid: Akal.

Hamilton, G. (1992). Teoría y práctica del trabajo social de casos. México: La Prensa Médica Mexicana.

Mosterín, J. (2008). Lo mejor posible. Racionalidad y acción humana. Madrid: Alianza.

Naredo, J.M. (2006). Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas. Madrid: Siglo XXI

Negri, A. (1994). El poder constituyente. Ensayos sobre las alternativas de la modernidad. Madrid: Libertarias.

Polanyi, M. (1961). Ciencia fe y sociedad. Madrid: Cuadernos Taurus.

Polanyi, M. (2009) La lógica de la libertad. Reflexiones y réplicas. Madrid: Katz.

Richmond, M. (1962). Caso social individual. Buenos Aires: Humanitas.

Sennett, R. (2009). El respeto. Barcelona: Anagrama.

Taylor, C. (1994). La ética de la autenticidad. Barcelona: Paidós.

Zuñiga, R. (2006). La evaluación en la acción social: autonomías y solidaridades. Recuperado de: <https://www.webdepot.umontreal.ca/Usagers/zunigar/MonDepotPublic/Textos%20en%20castellano/14.%20EVALUACION-ACCION%20SOCIAL.pdf> (15 de noviembre de 2012.)